

Carlos Tello Díaz, *La rebelión de las Cañadas, Cal y Arena, México, 1995.*

*A la memoria del Dr. Julio Glockner*

El 1º de enero de 1994, una rebelión armada, predominantemente de indígenas de la Selva Lacandona, en Chiapas, sacudió al país de su modorra existencial. Pronto, la noticia circuló por Internet y dio la vuelta al mundo en ochenta segundos. Hasta ese momento, el prestigio del gobierno del presidente Salinas de Gortari parecía incontrastable. Había elegido, sin contratiempos, a su sucesor en la silla presidencial y estrenaba el Tratado de Libre Comercio (TLC) con los Estados Unidos de América. Pero los rebeldes chiapanecos hicieron de aguafiestas. La insurrección armada duró sólo 10 días, así que se trata del movimiento guerrillero más pacífico de Latinoamérica. La negociación entablada entre el gobierno de la República y los comandantes indígenas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), no llega todavía a un acuerdo satisfactorio y no hay oráculo que arriesgue un pronóstico sobre su desenlace. Aparte de la crisis financiera que vive el país, actualmente hay una situación de incertidumbre principalmente por su enorme vacío teórico-intelectual y abulia política. En esta coyuntura y cuando el hastío parece insoportable, sale a la luz el segundo libro de Carlos Tello Díaz *La rebelión de las Cañadas*.<sup>1</sup> Como sacado de un guión cinematográfico, un bisnieto del dictador republicano Porfirio Díaz, escribe una historia sobre la rebelión indígena chiapaneca. Se trata sobre todo de una ironía, porque si hay un estado porfirista que sobrevivió a los avatares del reparto agrario revolucionario ese fue Chiapas. El autor tiene el ánimo de «comprender, no de juzgar», la historia de las comunidades que protagonizaron, a partir de 1994, «la rebelión de las Cañadas». La investigación de Tello se basa principalmente en información hemerográfica, testimonios orales y algunos documentos relacionados con la dirigencia del EZLN.

Tello no emprendió una tarea sencilla, no lo puede ser en modo alguno narrar la historia de lo inmediato desafiando los valores más caros de la historiografía: la historia se escribe desde el futuro del pasado; desde una

<sup>1</sup> Su primer libro fue *El exilio: un relato de familia*, Cal y Arena, México, 1993. en esta obra el autor intenta reconstruir la vida de su bisabuelo Porfirio Díaz, durante su exilio europeo.

lejanía llamada presente en la que el pasado emerge como «el otro», «la diferencia»<sup>2</sup> Tello revive la tradición de Heródoto y Tucídides para los que sólo hay historia contemporánea. La tradición greco-latina concibe al historiador como testigo de los acontecimientos, valida la fuente inmediata, en este caso, el testimonio oral y los informes de prensa los que parten del principio de ver y oír para contar.<sup>3</sup> Me pregunto, como en el siglo XVI, ¿acaso no pueden engañarnos nuestros sentidos? ¿La percepción de los hechos constituye un criterio único de verdad? Dado que nuestra percepción nos engaña y lo que nos cuentan puede ser falso, la historiografía moderna se ha ocupado, en los dos últimos siglos, de instaurar los controles indispensables para comprender un texto más allá del capricho, la empatía o los intereses extracientíficos.<sup>4</sup> ¿Cómo resuelve Tello la cuestión de sus fuentes orales? ¿Su comprensión de los hechos es diferente de la guerrillera, la policiaca u otras? ¿En qué radica su aportación a la comprensión histórica de la rebelión chiapaneca? Para responder a estas preguntas expondré esta reseña en tres partes: haré primero una síntesis del libro destacando sus argumentos centrales; después haré un análisis de sus fuentes y, por último, daré mis conclusiones.

Los primeros dos capítulos del libro están orientados a demostrar que el levantamiento militar iniciado en la Selva Lacandona no fue una insurrección indígena espontánea, sino el resultado de la combinación de los problemas agrarios de los habitantes de la región y la labor de una organización político-militar. Con buena prosa, reconstruye la vida de los peones de la finca El Porvenir, al sur del primer valle de Ocosingo, para corroborar lo que Thomas Benjamin, Jan De Vos y Antonio García de León han demostrado: la Revolución Mexicana no pasó por Chiapas.<sup>5</sup> La vida en la finca sirve de

<sup>2</sup> Véase al respecto a Arthur C. Danto, *Narration and Knowledge*. Columbia University Press, New York, 1985. Hayden White, *Metahistoria*. FCE, México, 1992. Michel de Certeau. «La operación historiográfica», en *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana, México, 1994. Pp. 67-120.

<sup>3</sup> Véase Jorge Lozano, «Sobre la observación histórica», en *El discurso de la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 15-58. Lozano hace una reconstrucción muy sugerente sobre cómo evoluciona la concepción occidental del conocimiento histórico, desde la tradición grecolatina hasta nuestros días.

<sup>4</sup> En ello consiste la tarea de la neohermética de Gadamer, ese «arte de comprender los textos». Véase Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método*. Ediciones Sígueme, S. A., Salamanca, España, 1991.

<sup>5</sup> Thomas Benjamin, *A rich land, a poor people: politics and society in modern chiapas*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1989; *Camino a Leviatán, Chiapas y el Estado Mexicano, 1891-1947*, CNCA, México, 1990; Jan De Vos, *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona por los españoles, 1525-1821*. Gobierno del Estado, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1980. *Vivir en frontera. La experiencia de los indios de Chiapas*, CIESAS, INI, México, 1994; Antonio García de León, *Resistencia y Utopía*, 2 volúmenes, ERA, México, 1985.

metáfora para ilustrar ese «mundo cerrado sobre sí mismo, rígido y paternalista, normado por las costumbres del feudalismo más primitivo» Según Tello, entre los años 50 y 60, el gobierno promovió la colonización de la Selva, no tanto porque hubiese acaparamiento de la tierra sino por el desmesurado crecimiento de la población.<sup>6</sup> Los pobres entre los pobres de México vivieron la hazaña del éxodo a la Selva como su salvación. Sus pobladores hablaban toda clase de lenguas, entre las que predominaba el tzetzal: «La Selva Lacandona, el refugio de los condenados, parecía de veras una Torre de Babel».<sup>7</sup> En ese camino de levantar comunidades, contaron con el acompañamiento y apoyo de la Iglesia, especialmente de los dominicos. Ellos vinieron a llenar el vacío dejado por las instituciones gubernamentales, por lo que la religión se convirtió en un elemento fundamental de cohesión de las comunidades. Con base en la reconstrucción de la vida de los habitantes del ejido La Sultana, en la región de las Cañadas, Tello narra cómo durante los años 60, los dominicos emprendieron nuevamente una labor occidentalizante, evangelizadora: no sólo enseñaron el castellano y los pasajes más representativos del Evangelio a los indígenas, sino que les restauraron su dignidad como personas. Tello enmarca la labor de la Iglesia dentro de las ideas de la Teología de la Liberación, muy de moda en aquellos años, y el destacado papel del obispo Samuel Ruiz por irradiar su influencia en decenas de ejidos de las Cañadas. El segundo factor de cohesión de los habitantes de la Selva fue la combinación de la lucha por la regularización de la tenencia de la tierra y la introducción de servicios básicos. El detonante de una rápida politización lo dio el presidente Echeverría que, en 1972, promulgó un decreto mediante el cual otorgaba la propiedad de 614 321 hectáreas a 66 familias «de la tribu de los lacandones». Más de cuatro mil familias, organizadas en 37 comunidades, fueron amenazadas de golpe con ser desalojadas. Lo peor de todo es que el Decreto de la Comunidad Lacandona, que pretendía un acto de justicia indigenista, en realidad comprometía a los lacandones a entregar 35 mil metros cúbicos de madera anuales, por un plazo de diez años y sin fijar precio. Demagogia pura y negocio redondo de

<sup>6</sup> De todos modos, no puede descartarse que la burocracia agraria promoviera la colonización ante la imposibilidad de dividir la gran propiedad finquera. Además, si aceptamos la tesis del «feudalismo chiapaneco», menos aún puede aislarse el incremento demográfico de los problemas de concentración de la propiedad rural, según nos han demostrado los historiadores de la Independencia de 1810-1821, y la Revolución de 1910. Véanse los estudios de Eric Van Young, *La crisis del orden colonial*, Alianza Editorial, México, 1992. Friedrich Katz, «Las rebeliones rurales a partir de 1810», en Friedrich Katz (comp.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*. Tomo 2, ERA, México, 1990, pp. 177-213.

<sup>7</sup> P. 46.

la burocracia política que acabó con la competencia de las compañías que operaban en la Selva. El capítulo II, finaliza con un intento por reconstruir las tendencias ideológicas y políticas que prevalecieron en las organizaciones campesinas de los años 70 y 80. Al parecer, fueron dos las posturas dominantes que con el tiempo se hicieron irreconciliables, antagónicas: una, proponía impulsar la formación de organizaciones democráticas de defensa de las comunidades y promovía la autogestión campesina; la otra, consideraba insuficiente ese paso por lo que planteaba la vía armada para solucionar no sólo los problemas campesinos, sino del país. Según Tello, ambas líneas se autorreconocían como maoísta y guevarista, respectivamente, confluyendo en una primera agrupación denominada Unión del Pueblo. Al mismo tiempo, ambas posturas tenían elementos en común, entre los que destacaba su alejamiento de los partidos políticos y las instituciones, y su acción práctica con las masas. La tendencia maoísta tuvo éxito con los catequistas y fue Samuel Ruiz su principal interlocutor. La creciente politización tuvo como resultado la creación, en 1980, de la organización campesina más importante de la región, la Unión de Uniones Ejidales y el bastión social más importante del futuro EZLN. Pero, al mismo tiempo, esa politización comenzó a rebasar la labor pastoral de la Iglesia, motivo por el cual ésta tuvo una relación cada vez más tensa con las organizaciones políticas. La Unión de Uniones se distinguía de otras organizaciones campesinas progresistas, como la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) y la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), principalmente porque propugnaba por mejorar la productividad, la autogestión y la creación de uniones de crédito. En 1983, nuevas divisiones y pugnas fracturan la Unión de Uniones, saliendo de ella Adolfo Orive, cabeza de los maoístas de Línea Proletaria. Según las fuentes de Tello, es el momento en que hacen acto de presencia los antiguos guerrilleros y militantes del regiomontano Frente de Liberación Nacional (FLN), organización que data de comienzos de los años 70.

Los capítulos III y IV, los dedica el autor a explicar cómo fue que la vía armada, guevarista, acabó ganando terreno en las principales organizaciones políticas del campo chiapaneco. En 1988, la Unión de Uniones sufre una nueva fragmentación que da origen a la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC), organización que también será permeada posteriormente por la facción guerrillera. Irónicamente, en 1989, el gobierno de Salinas resuelve el conflicto generado por el Decreto de la Comunidad Lacandona, al regularizar la tenencia de la tierra de los ejidos afectados por dicho decreto. Dice

Tello: «además de la resolución de tierra, muchas de las obras más importantes de La Sultana—la tienda del ejido, la cancha de basquetbol, la casa de salud, el programa de transporte, el sistema de agua potable— fueron a final de cuentas materializadas en tiempos de Salinas».<sup>8</sup> Entonces cabe preguntarse ¿por qué no quedaron ahí resueltos sus problemas agrarios? Tello ofrece diversas explicaciones. Un elemento de inestabilidad social fue, sin duda, la cerrazón de los gobiernos locales ante las demandas de los pobladores de las Cañadas y otras regiones de Chiapas. Todo ello en medio de un clima de discriminación racial y una política sistemáticamente represiva, especialmente durante los gobiernos de Absalón Castellanos y Patrocinio González (de 1983 a 1993). Otro elemento que coadyuvó a la vía armada fue la crisis económica, especialmente en los cuatro productos más importantes generados en la región: la madera, el café, el ganado y el maíz. El rápido empobrecimiento y la violencia inaudita de caciques y finqueros, debilitaron las posturas autogestionarias y pacíficas: los habitantes de la Sultana, después de varias décadas de lucha no podían aún vivir con dignidad. Las reformas salinistas al artículo 27 constitucional y, en menor grado, las negociaciones del TLC. Fueron un último elemento detonante. Las reformas al 27 anunciaban el fin del reparto agrario. Si este de por sí no había llegado a Chiapas, ahora menos que nunca: «No quedaban ya más tierras que repartir, alegaban en el gobierno»<sup>9</sup>. Al mismo tiempo, Tello se empeña en endilgar la paternidad del EZLN a las FLN, razón por la que ofrece datos pormenorizados de su organización interior y planteamientos doctrinarios, además de los perfiles biográficos de sus principales dirigentes y militantes. Para Tello, el proyecto político-militar enraizado en la región desde los 70, no sólo es resultado de un trabajo tenaz y disciplinado, sincrético y eficaz con las comunidades, sino sobre todo de una concepción socialista dogmática, autoritaria y, sobre todo, anacrónica después del derrumbe socialista de 1992. El texto de Tello es reiterativo en resaltar las concepciones ortodoxas de los guerrilleros, en particular, las actitudes sectarias del subcomandante Marcos: «Sus prácticas eran muy autoritarias. «Ahí no puedes participar», decían unos, resentidos con Marcos. «Lo que él dice es lo que se va a hacer» (dice Tello que le dijeron).<sup>10</sup>

El capítulo V está dedicado a narrar cómo ingresa a la historia nacional el ezln y abunda en detalles desmitificadores sobre Marcos y demás compañeros

<sup>8</sup> P. 22.

<sup>9</sup> P. 138.

<sup>10</sup> P. 122.

de armas. La reconstrucción del año 1993 esclarece dos cuestiones sobre las que la prensa del 94 especuló mucho: que Samuel Ruiz no apoyó el método violento del EZLN, y que fueron las propias comunidades involucradas en el movimiento las que financiaron la guerrilla. No hubo pues métodos ilegales, ni una complicidad hipócrita del obispo de San Cristóbal. Con relación al acopio de armas, al parecer Marcos no fue muy honesto: «Marcos las vendía a los milicianos y las daba a cargo a los insurgentes. Las vendía mucho más caras de lo que le costaban».<sup>11</sup> Además, conforme el tiempo de la rebelión se avecinaba, Marcos daba muestras de intolerancia: «Nadie podía dejar el movimiento sin antes solicitar, y luego recibir, el permiso de su mando. Y nadie podía cuestionar, por supuesto, la autoridad de Marcos. «El que se atravesase en la vía del tren», solía decir el jefe de los zapatistas, «se lo va a llevar la verga» dice Tello que le dijeron.<sup>12</sup> Esa madrugada del 1º de enero de 1994, hubo muchos equívocos, errores y azares. Las cosas no salieron como se habían planeado, pero al mismo tiempo salieron mejor que nunca. Ningún movimiento guerrillero en el país, probablemente desde los zapatistas de Morelos, había tenido tanto éxito.

El libro cierra con un Epílogo donde el autor aventura sus propias conclusiones. Según él, la victoria del EZLN hizo crecer el apoyo de la diócesis de San Cristóbal al movimiento guerrillero. Concluye también que los dirigentes neozapatistas engañaron a sus seguidores al no mostrar en público las obsoletas ideas que defendían en la clandestinidad, es decir, su defensa del socialismo. Estas ideas estaban inscritas en el Reglamento Insurgente del ezln, donde dice que «no suspenderá la lucha hasta instaurar en nuestra patria un régimen político, económico y social de tipo socialista».<sup>13</sup> Hacia dentro, los zapatistas eran socialistas y hacia afuera demócratas. Este aspecto digno de ser analizado en profundidad para entender al neozapatismo y sus contradicciones, es desaprovechado por Tello quien se apresura a afirmar: «Pero el socialismo y la democracia, como sistemas de gobierno, no nada más son diferentes: son, también, incompatibles».<sup>14</sup> La hipocresía de los dirigentes neozapatistas, resulta inadmisibile si lo que se busca es la construcción de un México democrático: «Jamás afirmaron en público —sigue Tello— lo que manifestaban en privado: que luchaban por «la dictadura del proletariado». Eran, después de todo, una guerrilla postcomunista. En su lugar destacaron la matriz indígena del EZLN».<sup>15</sup>

<sup>11</sup> P. 174.

<sup>12</sup> P. 186.

<sup>13</sup> P. 206.

<sup>14</sup> P. 206.

¿Manipulación pura de indígenas ingenuos? Para Tello, el balance sobre la rebelión de las Cañadas es contrastante. Puso sobre la mesa triunfalista del gobierno los grandes problemas nacionales de la marginación, la pobreza y la democracia. Sin embargo, no hay forma todavía de vislumbrar el fin de esta historia que dividió a familias, militarizó Chiapas y aumentó los problemas sociales de las comunidades de las Cañadas.

*La rebelión de las Cañadas*, está llamada a ser una obra polémica, no sólo por su interpretación del movimiento neozapatista, sino también por sus fuentes de información. Quizá ese es el aspecto más espinoso de toda historia contemporánea, en la que no sólo los protagonistas aún viven, sino que hay demasiados puntos de vista distintos.<sup>16</sup> Pero el problema esencial del libro de Tello es más de orden metodológico que ideológico. Está basado en 37 relatos orales diferentes los cuales realizó, en su mayoría, durante los meses de abril 20 y agosto 6 de 1994, y febrero 6 de 1995. Este conjunto de información suma un total de 84 notas, las que en su mayoría 48 están basadas en los relatos de 10 personas, o sea, en una cuarta parte de la muestra. Además, el 80% de dichos relatos pertenece a disidentes, rivales políticos, o no simpatizantes del ezln. Es decir, casi toda «la mirada» y «la voz» de los testimonios recabados provienen de versiones disidentes, cuyo punto de vista no es comparado con otros, tal y como hacía Heródoto con las leyendas persas. La investigación oral, deliberadamente parcial en su aversión al neozapatismo, recoge, hay que reconocer, un punto de vista crítico al ezln. Oxigena, de cierta manera, las toneladas de tinta apologética de no pocos militantes de izquierda y escritores fascinados con la guerrilla... desde sus escritorios o su curul. No cabe duda de que el autor pretende eso: hacer otra lectura separando el barullo ideológico de los toscos hechos. Pero yerra como historiador, porque nunca justifica la jerarquización de sus fuentes, ni menos hace un examen crítico de las mismas. Otro ejemplo nos lo da su manejo de la información hemerográfica que, en realidad, constituye el grueso de sus fuentes (unas 132 notas). La hemerografía lejos de relativizar a los «informantes» ratifica, incondicionalmente, sus opiniones. Tello enfoca sus recortes periodísticos para responderse una sola pregunta: ¿quiénes encabezan al EZLN? Y muchas de sus respuestas son discutibles, porque sus recortes o fotocopias son sospechosísimos. Por ejemplo, la nota 18, del capítulo II, recoge una supuesta confesión de Gloria Benavides, alias Elisa, publicada por Excélsior el 21 de febrero de 1974. Lo mismo ocurre con la nota

<sup>15</sup> P. 208.

<sup>16</sup> Al respecto véase la polémica desatada en la revista *Proceso*, números 977 y 978.

20, del mismo capítulo, y la nota 62 del capítulo IV, en que recoge la declaración ministerial de Benavides ante ¡la PGR! Es decir, sus fuentes son boletines policiacos, por decir lo menos. Y así, por el estilo, pega de aquí y de allá distintas notas no confiables a primera vista. Más aún si se trata de versiones policiacas o, inclusive, de ex-militantes resentidos o ex-guerrilleros. El caso más obvio del método acrítico de Tello lo constituye su información acerca del famosísimo Marcos, alias Rafael Guillén. Lo que sabemos de él es por los boletines ampliamente difundidos de la PGR, versiones validadas por Tello, pero sin nota a pie de página. En síntesis, la hemerografía sirve para una reconstrucción parcial y superficial de las filiaciones ideológicas de la dirigencia neozapatista, pero deja por completo oscurecidas la historia de las diversas organizaciones campesinas y populares del campo chiapaneco y, en general, del país. Tal descontextualización deja la impresión de que, en efecto, el EZLN sólo es producto de la táctica «malosa» del foquismo guerrillero. Ello también conduce a otra distorsión: pareciera que la dirigencia es monolítica, sin contradicciones. Da cuenta sólo de un sector del EZLN, pero ignora por completo la parte indígena. Cierto, Tello no propone un trabajo antropológico, pero su miopía hermenéutica tampoco se justifica. Si fue posible recoger testimonios de abril y agosto del 94, ¿por qué no consiguió una sola entrevista con Marcos, o con algún comandante indígena del propio EZLN? Este vacío pretende llenarlo con panfletos y folletería no muy diversa sobre las FLN, cuya autenticidad nunca pone en duda. Son unos ocho documentos de este tipo los que avalan las afirmaciones categóricas de Tello sobre la doble cara de los dirigentes neozapatistas. Tampoco hace un análisis riguroso de los comunicados guerrilleros, de su lenguaje, ni menos aún del propio Marcos, cuya prosa considera «ágil, lúdica, moderna, a veces cursi, a menudo demagógica, pero muy eficaz».<sup>17</sup>

Por todas estas razones la obra de Tello es endeble, aunque algunos de sus argumentos parezcan convincentes. No hay duda de que ofrece una síntesis sobre las posibles causas estructurales del movimiento, aunque justo es decir que tampoco aporta algo nuevo.<sup>18</sup> La novedad del libro radica, entonces, en que se atreve a disentir de los monopolios de la Verdad que no pocos escritores dizque progresistas detentan en diversos medios de la prensa no oficialista. Pero disiente equivocando el género narrativo:

<sup>17</sup> P. 206.

<sup>18</sup> El lector podrá comprobarlo con la lectura de una compilación de ensayos publicados en diversas revistas y periódicos realizada por Raúl Trejo Delarbre (comp.), *Chiapas, la guerra de las ideas*. DIANA, México, 1994.



si su obra fuera una novela, o un ensayo periodístico podría escribir hasta donde su imaginación quisiera. Pero tratándose de una investigación histórica es otro asunto. Recientemente, el escritor Carlos Montemayor opinó en una entrevista que le asombraba la rapidez con que Tello había recolectado tanta información, con candidez, Montemayor agregó: «Me asombra la rapidez, porque el campesino y el indio no pueden dar tan espontáneamente a un desconocido una información de este calibre»<sup>19</sup> El problema no es de rapidez, sino de precisión. *La rebelión de las Cañadas* representa una obra inmadura, con apenas un año de investigación y sin un verdadero trabajo de campo.

Luis Gerardo Morales Moreno  
ENAH-INAH

<sup>19</sup> *Proceso*, 24 de julio de 1995, número 977, p. 6.